

Un... nuevo mundo

Quizás la mente se ha cerrado demasiado pronto. Tal vez seguimos aferrados a lo que se ha convertido en mitología: el Rock 'n' Roll, mayo de 1968, Woodstock y la cultura hippie, el punk...

No es que no veamos las insuficiencias: pero junto con el optimismo, el espíritu de cambio y toda la escena cultural, en mi juventud se mantenía la esperanza de un cambio profundo en el mundo. ¿Qué puedo decir? Yo (y muchos colegas con los que he hablado) ya no entendemos el mundo. Y a menudo esa es la primera frase que se intercambia cuando uno se vuelve a ver con alguien.

Por supuesto, no vivimos en una gran dictadura ni en un mundo con menos oportunidades que hace 50 años. Pero por primera vez vemos intentos evidentes de suprimir opiniones o al menos excluirlas del debate público. Fantasear, imaginar futuros, especular, dejar volar la imaginación, hoy conduce a un auténtico campo minado. Y rápidamente uno termina en el desprecio social, la exclusión. Esto parece, independientemente de si uno dice cosas que podrían ser ciertas, el arma milagrosa con la que se puede controlar a la banda de personas indisciplinadas.

Lo que más me sorprende es lo que llamo una inversión moral. Además del Gulag y una “amenaza roja” que ya entonces se describía a menudo de forma exagerada, las principales acusaciones contra el sistema soviético eran la denuncia promovida por el Estado, la desconfianza sembrada entre padres e hijos, y la instrumentalización de la psiquiatría como herramienta de represión. Elementos que hoy, en Occidente democrático, se aceptan sin reparos como demandas legítimas. Denunciar (ante la policía o cualquier autoproclamada policía de Internet), declarar loco (sombrero de aluminio), aconsejar a los hijos que empleen abogados contra sus padres, todo esto hoy, apenas 40 años después, se aprueba sin pestañear.

También es interesante que, al mismo tiempo, métodos que Occidente utilizó durante la Guerra Fría de manera transparente y con cierto orgullo contra el bloque comunista, hoy se consideran criminales e inadmisibles. Por supuesto, Rusia, Corea del Norte, China y grupos terroristas islamistas han entendido rápidamente y bien cómo usar Internet y las redes sociales para su propaganda. Así como Occidente, hace 60 años y durante toda la Guerra Fría, inundó el bloque oriental con medios pro-occidentales (Radio Free Europe y muchos otros) gracias a recursos financieros y técnicos superiores.

¿Quién ganó la Guerra Fría, si hoy los métodos de la URSS se extienden tanto entre nosotros, sin que (más) nadie lo cuestione?

Esto es mucho para asimilar para una persona que hasta finales de los años 80 escuchaba un discurso completamente diferente. Pero no todo ha cambiado. Mientras antes se podía demostrar cualquier cosa con estadísticas, hoy son los modelos computacionales los que pueden respaldar cualquier afirmación. El buen Winston Churchill probablemente se desesperaría ante

estas superestadísticas, porque ni siquiera tendría los conocimientos para falsificarlas él mismo. Pero estos modelos son alimentados por personas que saben lo que quieren que aparezca al final.

La creciente modelización del presente y del futuro también es la base de una comprensión nueva de la ciencia. Las nuevas tecnologías se han introducido en el pasado cuando sus riesgos eran aceptables, lo que no significaba que fueran nulos. Si solo miro el tema de la electricidad, hoy apostamos por una tecnología que no está asegurada, con la esperanza de que los avances necesarios (en la tecnología de baterías) lleguen algún día y que nuestra elección entonces también sea económicamente viable. Eso es jugar al va banque con algo existencialmente importante como la electricidad (y solo porque ciertos modelos computacionales nos predicen una crisis climática).

Comparable como tecnología de riesgo es la carga cada vez mayor de radiación que el ser humano debe soportar. A pesar del conocimiento sobre los peligros de la radiación, se ponen en funcionamiento nuevas fuentes sin restricciones. Quien pregunta por los peligros, recibe como respuesta que aún no se han investigado, como si ese hecho por sí solo eliminara el riesgo. Y lo mismo ocurre con la nanotecnología. A pesar del peligro del asbesto, que se reconoció claramente hace años, cada vez se liberan más partículas diminutas en nuestros pulmones... incluso en nuestros dentífricos, salsas y cremas de belleza.

Otro punto que me resulta difícil es la total desprivatización a la que estamos expuestos. Por supuesto, defiendo la libertad de expresión y no quiero que el desarrollo de Internet y las redes sociales se vea influido, frenado, controlado o prohibido. Cada persona tiene aquí una responsabilidad propia sobre hasta qué punto quiere dejar entrar estas cosas en su vida, hasta qué punto quiere dejarse influir y cómo maneja esas herramientas.

Sin embargo, perdemos todos nuestros matices si participamos en estos juegos. En la discusión sobre el GOAT en el fútbol (¿quién es el Greatest Of All Time?), en una conversación privada con un amigo seguramente habría argumentado de forma muy drástica para explicarle por qué solo uno puede serlo, y no habría escatimado en juicios destructivos sobre el otro. Sabía que eso ocurría en privado y que uno puede exagerar para impresionar al interlocutor. A un desconocido le habría dicho cómo veo el asunto... pero sin difundir demasiadas cosas negativas sobre mi segunda opción. Y nunca se me habría ocurrido pagar un anuncio en el periódico para que el mundo supiera cómo lo veo. En la era de Internet, esa distinción ya no existe: la discusión sobre el GOAT divide al mundo del fútbol en dos bandos y hasta personas que no tienen nada que ver con ese deporte tienen una opinión. Y la defienden como si solo la demonización y el odio hacia uno hicieran brillar al otro en la mejor luz.

No necesitamos censores, pero nos vendría bien volver a medir nuestras palabras con más cuidado, tanto en el ámbito privado como en el público.

Solo algunos elementos de nuestro nuevo mundo. No es un análisis profundo, sino puntos de referencia para entender por qué uno, como persona mayor, quizás no se siente completamente libre y cómodo como en su juventud. Puede ser que incluso a personas más jóvenes y dinámicas tampoco les gusten estas tendencias.